

escrito a máquina

Notas al Margen de la Semana



● La muchacha recibe sobre la frente la cruz de ceniza. No pesa. Ligero polvo.

Sale airosa, matinal. El inmenso peso, el tremendo ligero peso de la muerte — polvo de historia, miles de miles de miles de años: toda la edad del hombre — no declinan su frente. Puede más un minuto de vida que todo el poder de lo destruido. Toda la historia humana — ligero polvo — cabe en el sitio de un beso, en una frente que avanza a la mañana.

Vida ¡maravilla del instante!

Pero eres polvo. Polvo. Miércoles de ceniza.

Y mañana todo tu asombro, todo tu prodigio será apenas ligero polvo sobre otra frente.

¡“Desvanecido poder del reino cotidiano!”

● El hombre ante la piedra siempre se sobrecogió: su absoluta insensibilidad, su impenetrabilidad, la eternizada dureza de su forma hablaba al hombre de “otro” mundo.

Piedras: restos del gran taller de la creación. En las piedras veía el hombre las huellas digitales de Dios.

Por eso el hombre —a través de las edades— siempre revistió a la piedra de una virtud sagrada: los dólmenes, los menhires, el obelisco, el mojón, la lápida... sea como ara, sea como señal, sea como custodia del reposo eterno, la piedra ha sido signo de lo que subsiste, de lo que permanece. Sobre ella Jacob, después de su sueño, erigió el “bethel”: altar conmemorativo. Sobre ella —piedra del sacrificio— elevó por siglos la sangre su clamor. Contra la piedra “tropieza” el hombre. Sobre la piedra erige. Es la base. (Piedra angular): Lo fundamental: el ARA.

Y junto a la piedra: el ARBOL. Si la piedra es la perennidad, el árbol contiene al Tiempo con su ciclo de nacimiento-crecimiento-floración-muerte-renacimiento. El árbol simboliza el ritmo del Cosmos. Es como una letra que resume y donde se lee el Universo todo. Es el jeroglífico, el ideograma de la dualidad Vida-Muerte. Pero en su renacer estacional vio el hombre, siempre, un signo sagrado: Imago Mundi: la vida toda y la esperanza de otra vida. En el árbol el hombre aprende a dar: ramas o brazos cargados de frutos, cargados de dones: es el mandamiento del corazón de la tierra expresado en el árbol. Del árbol se corta el fruto del conocimiento. El paraíso estaba plantado de árboles. La noche es un árbol cuya copa de estrellas descansa sobre la frente del hombre. Arbol de la sabiduría. Arbol de la Redención: sobre el árbol de la Cruz se da el fruto que redime, brota la sangre que es savia, caen las hojas de la muerte y apunta en la llaga misma de la hoja que cae, el retoño de la Resurrección.

La cuaresma desnuda la Iglesia. El viento de la penitencia barre con todo otro signo. Quedan solamente la Piedra y el Arbol —el ara y la cruz— lo indestructible y lo cíclico, lo que dura y lo que se transforma, los símbolos fundamentales y primigenios del Cosmos que Cristo hizo suvos para que la “señal del Hijo del Hombre” —la letra escarlata — TAU— fuera leída y entendida por todos los mundos, por todos los siglos, por todos los hombres.

● Jean Laloy recoge en su libro “Le Socialisme de Lenine”, esta anécdota contada por Gorki: “Una tarde en Moscú, Lenin escuchaba las sonatas de Beethoven y me dijo: No conozco nada más bello que “La Appassionata”; la pudiera escuchar todos los días. Es una música asombrosa, sobrehumana. Cada vez, con un orgullo tal vez ingenuo, me digo: Fíjate las maravillas que puede hacer el hombre... Envidio la cabeza de esas gentes que, viviendo en un infierno de lodo, pueden crear semejante belleza”.

Extraña cosa!, comenta Francois Mauriac en una de sus recientes “Bloc-Notes”. Yo he dado exactamente el mismo testimonio sobre “La Appassionata” que Lenin. Y lo que me sorprende es la conciencia que toma Lenin, al escucharla, de la maravilla de ese ser que, levantándose sobre su fango es capaz de producir ese grito (el grito del Hijo de Dios en la cruz que el Centurión comprendió) “sobrehumano”. Esa es la palabra: sobre-humano. Lenin lo dice todo con esa palabra. Sin embargo: de “La Appassionata” Lenin parte hacia una obra que niega al hombre toda trascendencia, todo lo que sobrepasa lo humano. En cambio yo, en mis horas de duda y de sombra, me es suficiente volverla a oír, para creer en el alma, para creer en Dios...”.

... Constantemente los caminos de los hombres se entrecruzan. Dos seres, dos desconocidos, se detienen un momento junto al mismo punto: miran la misma estrella, perciben un mismo gesto decisivo, oyen una misma música... y parten. Y cada destino toma su rumbo. La misma palabra puede llevar, al uno al crimen, al otro al amor.

Mauriac lo expresa con esta frase conmovedora: “A partir de La Appassionata, comienzan —en dos direcciones opuestas— la inmensa historia de Lenin y la pequeña historia de un escritor cristiano”.

1 - VIENE DE LA SEGUNDA PAGINA

● Reunión internacional de Rotarios en Managua. En un cartel leo: "Dar de sí antes de pensar en sí". Pienso que generalmente el hombre sólo lleva registro de lo peor de la historia: crímenes, guerras, odios, delincuencia, ferocidad del hombre contra el hombre... Pero: todos estos diarios intentos de convivencia, reuniones, diálogos, obras de paz, búsquedas de solidaridad, todo lo que día a día hace el hombre por entenderse, por ayudarse, por manifestarse amor ¿no arroja un saldo favorable a la humanidad? Hoy es día del "periodista" y me pregunto hasta dónde el periodismo es culpable de esa "cuenta negra" de la humanidad. Porque el periodismo da preferencia a lo atroz sobre lo bello. Su inspiración es crepuscular: acude al sol que cae, no al sol que sale. Un crimen es siempre más periodístico que la reconciliación de dos enemigos. Un robo roba mejor titular que un poema. Un criminal obtiene más espacio que un sabio.

¿Por qué tratamos de autoconvencernos de que el hombre es inhumano? El periodismo tiene en su escudo un cisne y un buitre. Rubén nos aconsejaría escribir con las plumas del cisne...

PABLO ANTONIO CUADRA